



Año I Madrid, 23 de junio de 1937 Núm. 3 Redacción: Castelló, 68 Teléf. 51463

CEREBRO, SERENIDAD Y CORAZON

Tres factores indiscutiblemente necesarios para ganar la guerra. El primero es la compenetración del mando, el cual tiene la obligación ineludible de estar siempre en contacto, tanto con los jefes superiores como con los inferiores y oficiales, para que de esta forma se haga responsable a todo aquel que adquiera una obligación; para que no sea estéril el sacrificio de los hombres que hemos luchado y luchamos por el aplastamiento del fascismo internacional y hemos hasta traicionado nuestras aspiraciones de libertad, aunque transitoriamente, con objeto de conseguir el fin perseguido: ganar la guerra. Por este motivo, me dirijo por primera vez a nuestro joven y glorioso periódico, representación de la heroica 39 Brigada, que ha sabido luchar incansablemente para lograr las libertades del pueblo español, que tan cruelmente nuestro enemigo común trata de arrebatarnos. Y no solamente no lo ha logrado, sino que no lo logrará mientras existan batallones heroicos y los soldados componentes de los mismos tengan siempre una moral revolucionaria y una confianza absoluta en los jefes, de modo que les obedezcan ciegamente. Nuestros soldados se han impuesto la disciplina militar, porque reconocían que era imprescindible: Primero, para ganar la guerra; segundo, para defenderse en la menor lucha fratricida que se pudiera originar por parte de algunos "muy camaradas", que quisieran aprovecharse de las circunstancias y de la sangre que tan valientemente han derramado muchos miles de trabajadores en el campo de batalla. Por esto nuestros valerosos soldados han sabido sacrificar, no solamente su vida, siempre que fué necesario, sino que también han sabido, como antes indico, distraer la vista del horizonte marcado por la bandera libre para nosotros tan querida. Por lo mismo, suplico y deseo entre los mandos una centralización completa y siempre pensar y luchar todos mancomunadamente para conseguir salvar de las garras de la muerte compañeros que con tanto orgullo hoy forman parte de las filas del Ejército del Pueblo, que representa y defiende a muerte las libertades del proletariado internacional y el porvenir de la Humanidad.

El segundo factor es la serenidad del mando, pues a esta serenidad se puede deber la pérdida o la toma de una posición. El mando, cuando por órdenes superiores inicia una ofensiva contra el enemigo, debe-

(Pasa a la página 8.)



Es necesario que todos los antifascistas nos demos cuenta que el respeto es necesario, así como la cultura, y nuestro triunfo será un hecho!

Es necesario, combatientes todos, los que hoy dejamos nuestra sangre en el campo y que luchamos por un mejoramiento común, que el buen criterio se imponga en todos los órdenes. Para mí es lamentable decir que gran parte de combatientes y muchos de los que en la retaguardia se encuentran carecen de conocimientos elementales, lo mismo en el aspecto científico que en el social. Bien es verdad que vuestros padres os llevaron desde niños a que sufríais los tratos de los señores, que todo lo querían y todo lo acaparaban, mientras nosotros, los esclavos, hijos de la esclavitud, no llevábamos más que unos harapos para cubrir nuestras carnes, con nuestros estómagos vacíos. Estos son los hombres que nos quieren arrebatarse a nuestra España querida, ayudados por el fascismo internacional, para así esclavizarnos y ultrajar a nuestras mujeres e hijos.

¡No más esclavitud ni más crímenes!

¡Antifascistas todos y de todas las ideas! Hoy más que nunca nuestra unión es necesaria para el aplastamiento total del enemigo común; hay que dejar estúpidos odios personales. Formémonos íntegramente, para así poder dejar de ser esclavos.

Como es sabido, la masa trabajadora siempre ha sido mercancía despreciable para los privilegiados del saber, del poder y de la riqueza; la masa trabajadora, heredera del paria, del esclavo y del siervo, debe recobrar su libertad, aunque sea por medio de la fuerza, porque por la fuerza se nos arrebató. Por rebeliones continuadas y sucesivas ha progresado el mundo, se han libertado los hombres, han triunfado las ideas, han desaparecido cuantas instituciones estorbaban al libre desenvolvimiento de la Humanidad. Toda nuestra historia es una rebelión permanente, pues a pesar de tantos y tantos siglos de ignorancia, a pesar de tanta y tanta miseria, el sentimiento, el poder de la Libertad ha prevalecido en el hombre.

¡Trabajadores! ¡Compañeros combatientes! En los momentos que vivimos no debemos de dar un solo paso atrás. Se trata del deber que todos tenemos en los momentos actuales.

Sepa el obrero que su primer deber es prestar su esfuerzo en la lucha con lo existente; que el deber es marchar en pos de la Justicia con los hermanos de explotación.

Los antifascistas, en estos momentos, no pueden negarse a contribuir decididamente a la emancipación definitiva de la raza humana, que tal es, en conclusión, el verdadero ideal revolucionario de nuestros días. Que sean estos deberes con tal o cual bandera, es asunto de la competencia individual.

Lo primordial es sentir y obrar con energía en todo lo referente al tremendo problema social.

También hay que tener muy en cuenta el cuidar en no caer en defectos y vicios añejos, porque todo nuestro pensamiento ha de ser exclusivamente el de dar forma a la nueva sociedad que el pueblo necesita.

También hemos de tener muy en cuenta, según hechos que aún están muy recientes, que entre el fermento de las nuevas ideas se deslizan siempre los gérmenes de la reacción. Bajo la forma de desprecios acogemos preocupaciones terribles, que son nuestros mayores enemigos.

El trabajador ha de prescindir de los vicios que

por todas partes le solicitan, sólo para adormecerlo. Y ha de prescindir siempre, en lo posible, de las influencias de un sistema social corrompido.

El tiempo que hubiera de gastar en adormecerse, por el vicio burgués, debe de emplearlo en el estudio, para así aprender nuestros derechos de seres racionales, en la plenitud de nuestras facultades.

Es necesario hoy que las Organizaciones obreras, en estos momentos de lucha sin descanso, eviten el marasmo de la inactividad o la gangrena del personalismo, estudiando y discutiendo las nuevas hipótesis establecidas y los distintos procedimientos que las masas revolucionarias necesitan.

Los esfuerzos del exclusivismo, de las sectas, por arrastrarnos a uno u otro extremo, deben de ser por nosotros rechazados enérgicamente. Necesitamos vivir en constante actividad; esto sólo puede mantenerse apelando a todos los modos y medios que tiene de manifestarse.

Actividad permanente en todos los aspectos. Si los organismos revolucionarios atienden a unas condiciones de existencia como es debido, fácil será al trabajador cumplir como bueno.

Si, por el contrario, esas condiciones son olvidadas, se amortiguará día tras día aquel espíritu potente, grande, heroico, que determina los hechos más notables de la historia y de la vida humana.

A. DIAZ PEREA,

Comisario de la cuarta compañía,
segundo batallón.



Base de la victoria

¡Combatientes del glorioso Ejército Popular! Todo el que pertenezca al nuevo Ejército del pueblo debe de saber cumplir con su deber; lo mismo los soldados que todos los jefes y oficiales, puesto que tanto en unos como en otros está la base de la victoria.

Los soldados, que a la par luchan por su emancipación y su libertad, luchan por una clase más justa, más humanitaria para todas las generaciones venideras y para todo el Universo en general.

Los jefes y oficiales no deben olvidar que la BASE DE LA VICTORIA es la moral de todos los combatientes a los cuales dirigen. Todo jefe y oficial que no se preocupe de su propia actuación, puede perjudicar y rebajar la moral de los soldados que mande. Por lo cual no puede estar a nuestro lado ni se pueden obedecer sus órdenes. La victoria es nuestra, tenedlo por seguro, pues tenemos la razón. La guerra es como cualquier otra discusión, en la cual por parte del enemigo están representados "el egoísmo y la maldad", para seguir viviendo esa vida de derroche a costa de los que todos lo han venido dando y no han recibido nada (la clase trabajadora). Y, por el contrario, nosotros nos fundamos en el AMOR Y LA FRATERNIDAD (que son derechos de la vida). Nuestra es la razón y nuestra ha de ser la victoria.

Todo aquel que se ponga en contra de las necesidades del pueblo será vencido.

¡Viva en todos los combatientes la memoria de los héroes que supieron dar sus vidas en bien de la Libertad del pueblo español, sacrificando sus propios sentimientos y de sus familiares en aras de la nueva sociedad! ¡Viva el Ejército del Pueblo! ¡Viva la 39 Brigada Mixta!

Vicente ADRADOS

Teniente de Información de la Quinta
División.

VISION FUTURA

Supongamos que la guerra se ha acabado, que ya han concluido las rencillas y rencores, que ha desaparecido para siempre la política y que los hombres que hoy luchamos, regresamos a nuestros hogares para recoger el premio de nuestro esfuerzo y... nos encontramos con que todavía no se ha terminado la lucha; pero la de ahora es tan distinta que no exige el sacrificio de nuestras vidas; no hay que dar a nuestra Patria más que el esfuerzo de nuestra inteligencia y la ayuda de nuestro brazo para poder reconstruirla en poco tiempo, trabajando, cada uno, en su profesión u oficio, con todo entusiasmo, sin regatear esfuerzo alguno y sin que haya seres privilegiados que lo encuentren todo hecho y que vivan a costa del trabajo de otro.

Yo no podría hablaros—pues no me considero capaz de imaginarlo siquiera—de los elementos y factores que tendrán que intervenir en la reconstrucción de una capital o una ciudad importante; pero sí veo realizable el porvenir de un pueblo; en el que el maestro ha de ser el factor principal en su reconstrucción, el guía y la ayuda de todos los compañeros que con él conviven, pues su labor no ha de limitarse sólo a enseñar a los niños a leer y a escribir malamente; no, su trabajo no es ese, no se trata ahora de vivir de esa profesión, hay que vivir para ella. Sólo el pensar los encantos que encierra, el placer que se experimenta creando generaciones nuevas, formando las inteligencias infantiles para que puedan defenderse en la vida, gozando, en la plenitud de ella, de todos cuantos conocimientos hayan podido adquirir, basta para compensar todos los sinsabores y todas las ruindades con que hasta ahora nos han agobiado cuantos ministros han pasado por el Ministerio de Instrucción pública, a quienes todo se les han vuelto promesas que no han cumplido jamás, pues, por la visto, eran irrealizables. No teníamos derecho a cobrar más que un sueldo mísero, igual o peor al de cualquier funcionario del Estado. Nuestra responsabilidad, nuestro deber, nuestra obligación moral y material, podría equipararse a la de cualquier burócrata u obrero manual, que, limitándose a sus ocho horas de trabajo y aun haciendo una labor intensa en su jornada diaria, terminada ésta, se siente libre de preocupaciones y, si es un hombre consciente, si piensa en su mujer y en sus hijos, sabrá acudir a donde le puedan proporcionar los conocimientos indispensables para mejorar su modo de vivir. El maestro no tiene límite en su jornada diaria, pues concluidas las clases de niños y adultos, ha de estudiar los problemas vitales de la vida rural, tiene que ser la enciclopedia viviente de todos sus convecinos, donde éstos encuentren siempre lo que van a buscar, pues incluso en la agricultura ha de hacer llevar a la práctica todo cuanto ha estudiado, todo aquello en lo que vea que puede proporcionar una mejora de procedimientos: granjas avícolas, cunicultura, apicultura, en fin, todo lo que se desconoce en la mayoría de los pueblos españoles, en los que los campesinos siguen utilizando los mismos utensilios y procedimiento de la época de la invasión árabe; los animales conviven con ellos en sus mismas habitaciones, las calles—si es que hay calles—son un inmundio estercolero en el que pululan millares de insectos, hay pueblos que, teniendo carreteras próximas, por la estulticia y dejadez de sus alcaldes y vecinos, no son capaces de hacer colectivamente un camino vecinal que les una con aquella. ¿Para qué seguir enumerando lo que sabemos todos, el abandono en que vivía el hombre del campo? Tu obligación, maestro, es sacarle de él. Si no te dan medios si las ayudas no te vienen de los que están en los puestos de responsabilidad, si todo se les vuelve promesas que jamás hemos visto realizadas, nosotros, los maestros confederales, iremos a la vanguardia de la civilización futura, procurándolo, con nuestra unión, nuestra ayuda mutua y la seguridad de saber cumplir con nuestro deber y el pueblo, nuestra Patria entera sabrá hacernos justicia.

A. S.

¡HA MUERTO MOLA! ¡BIEN MUERTO ESTA!!

3 de junio. Un día, una fecha más del calendario de la guerra, de la cruenta guerra española. Cada día que pasa tiene una significación, un contenido, un perfil característico. El que representa ese guarismo ha sido aciago para los de la España negra, para los que quisieron hacer de este suelo magnífico, de esta tierra pródiga, donde el valor y la hidalguía tienen su asiento, una colonia de esclavos sumisos, azotados por el látigo de la opresión y de la barbarie.

Según informan las agencias, el ex general Mola, el "genio" militar de los sublevados el 19 de julio, ha encontrado la muerte, de forma trágica, al estrellarse el aparato en que volaba contra el suelo, debido, así lo afirman, a la invisibilidad causada por la niebla.

El Destino, a veces justiciero, ha fallado en esta ocasión inexorablemente. La Parca ha segado una vida que, para bien de los españoles, no debiera haberse engendrado. En ese execrable ex general se concentraban, completándose, todas las características del despotismo militar, del reaccionario, del retrógrado, del cavernario de las épocas prehistóricas, junto con el odio, llevado a su máxima expresión, a las conquistas, tanto morales como materiales, que ha hecho el proletariado en el campo social. Su hoja de servicios, como militar, es de las más ¡brillantes! En ella figura, con caracteres de relieve, en las postrimerías de la nefasta monarquía, la represión cruenta y monstruosa de los estudiantes madrileños de la Facultad de Medicina. Ha sido el gran coleccionador de derrotas. El era el que al mando de una columna, por la Sierra de Guadarrama, pretendió entrar en Madrid y tomar una "caña" en un café de la Puerta del Sol ¡en el mes de agosto! ¡Qué ilusiones se hacen, a veces, las mentalidades delirantes y enfermizas de los militarotes fascistas! ¡La Puerta del Sol! ¡Cuántas veces, en noches de pesadilla, habrá soñado con ella y con el viejo edificio de Gobernación! Pero era solamente lo que le estaba permitido: soñar. Porque de que no fuera realidad se encargaron los hijos del pueblo, de este pueblo sublime y heroico, que regó con su sangre los picachos de la Sierra e hizo caer en el duro lecho de los peñascos a las hordas fascistas que venían a arrebatarle lo más precioso de sus conquistas: la Libertad.

Desde aquello pasaron muchos días, bastantes meses, y convencido de su impotencia ante Madrid, volvió la vista al Norte y, al mando de divisiones alemanas e italianas, porciones moras y gotas españolas, se dirige hacia Bilbao, consiguiendo igual éxito. Euzkadi, como antes hiciera la capital de la República, sintiendo en los pechos de sus hijos el anhelo de independencia y en sus venas la sangre enervada de Libertad, se defiende denodadamente e inflige un duro castigo a las huestes mercenarias, sobreponiéndose y vengando el inmenso dolor de ver arrasados por la huella del terror los pueblos de Guernica, Durango y tantos otros que la fobia fascista destrozó, entintándolos con la sangre inocente de incontables víctimas...

La niebla nortea, que le ha servido de húmedo sudario, les ha vengado. Seguramente que en las tumbas de los seres que inmoló la barbarie de aquella mentalidad paranoica, los cadáveres, si ello fuera posible, habrían cambiado la expresión horripilante de la espantosa tragedia por el rictus suave y dulce que proporciona la satisfacción del castigo al culpable de tantas desdichas. Como símbolo, diluida que fué la niebla, por la extensa campaña vasca rutilaban, esplendorosas, a la luz del sol, las flores rojas del heroísmo, y por todos los caminos y en todas direcciones de la España leal una noticia corrió: "¡Ha muerto Mola!" Y todos los hombres, y todas las mujeres, y todos los niños, como librándose de una pesadilla, con gesto de satisfacción, alzaron el brazo, cerraron el puño y, dando a las palabras todo su significado, sentenciaron unánimemente: "¡¡Bien muerto está!!"

EL SOLDADO DESCONOCIDO
de la 39 Brigada.

Hacemos la guerra para que ningún español sea una cabeza más de un inmenso rebaño, conducido por un dictador fascista... o por un dictador que pomposamente se titule antifascista.



Para tomar una posición hay que exponer.
¿Verdad que pese a quien pese la F. A. I. da la cara?

DISCIPLINA

Sí. Es necesaria mucha disciplina para terminar la guerra. Con disciplina, nada ni nadie podrá contra nosotros. Recuperaremos la tierra, que es nuestra, y, al mismo tiempo, implantaremos la Revolución.

¡Disciplina! Muchos no saben lo que esta palabra quiere decir. Si todos la supiéramos, no la tendríamos que repetir continuamente, pues seríamos disciplinados. Pero no con una disciplina cuartelera, que jamás pudimos verla, pues contra esa disciplina nos tenemos que enfrentar ahora. Al acatar la disciplina, al cabo de los años tendríamos otra vez que empezar otra guerra como la que tenemos, porque los militarismos y el capitalismo son los provocadores de la guerra y nosotros no queremos guerra. Queremos una Revolución y no ser oprimidos más por la tiranía.

Bien... Disciplina. Más disciplina. Cuanta más, mejor. Sabremos acatarla. Desde luego, si todos tuviéramos sentido del deber y conciencia de nuestra responsabilidad, no nos haría falta más que un buen mando que nos guiara por un camino seguro, que fuera un compañero, un luchador, uno que daba su vida por el bien de la Humanidad, no uno que al amparo del militarismo, que para nada nos hace falta, que es una simiente que no da producto y sólo piensa en su medro personal. No acatamos la disciplina de este militar; pero sí acatamos la disciplina del compañero capacitado para ello, porque nosotros depositamos toda nuestra confianza y nuestra vida en él; porque sabemos que vela por nosotros igual que si fuera suya, y procuraríamos por todos los medios que ésta no nos faltase, comprendiendo que, igual que a nosotros nos guía, puede conducir a la nueva juventud floreciente.

¡Disciplina! ¡Bonita palabra para los disciplinados! Un disciplinado tiene el deber de disciplinar, pero siempre acatando él la disciplina. A un indisciplinado, que, a mi entender, no puede ser más que un hombre que, por no tener cultivado su cerebro, no tiene nociones de la vida, es un niño que se le lleva por donde se quiere, se le educa, se le hace comprender con buenos consejos, y éste será el más disciplinado y el mejor luchador, porque llegará a comprender que los derechos llevan consigo deberes; pero si el que quiere disciplinar es un indisciplinado, no podrá llevar su objeto a cabo.

Cuatro lecciones para ser disciplinado: Aprender la moral, saber respetar, darle facilidades para que aprenda el manejo de toda clase de armas, lanzamiento de bombas, los ejercicios de instrucción más convenientes para la guerra, como despliegues en guerrilla, orden de combate, etc. El hombre que de esta manera aprende la disciplina será disciplinado en la guerra, en el taller, en la fábrica y en todos los sitios que se le presenten. Ya es un hombre consciente. Ya sabe por qué lucha. Ya sabe los deberes que tiene que cumplir, porque hoy hay, desgraciadamente, muchos compañeros que no lo saben, pues al saberlo nadie nos habría tenido que recordar tan preciosa palabra y hubiera terminado la guerra con un éxito rotundo y rápido para nosotros.

Queremos disciplina, pero no militares; queremos hombres que nos lleven al triunfo y queremos ser hombres libres, para poder reconquistar nuestra tierra querida, que nos pertenece.

¡Disciplina!... Que esta palabra se quede en la mente de todos los defensores de la Libertad. Que todos sepamos los derechos que tenemos, pero también nuestros deberes, pues entonces nada ni nadie podrá quitarnos lo que es nuestro: la Libertad y el Trabajo. ¡¡VIVA LA REVOLUCION!!

Damián NAVALPOTRO
Segunda Compañía del Batallón Ferrer.

SOBRE UN MUNDO DE DOLOR

I

Los artilleros facciosos
que disparan sus cañones,
entre roncadas maldiciones,
contra pueblos laboriosos:
¡Son unos hijos... rabiosos
de padres desconocidos!
¡Pues nacieron invertidos,
se «educaron» a su «modo»,
viven entre sangre y lodo
y mueren envilecidos!

II

¡Sólo la feroz canalla
descarga ciega y cerril
en la población civil
la mortífera metralla!
¡Es la soberbia que estalla
con furores de agonía!...
¡Como carecen de hombría
aniquilan, los villanos,
mujeres, niños y ancianos
con perversa alevosía!

III

¡Los reveses de los frentes
los vengán esos ladrones
asesinando a montones
infelices inocentes!
¡Son unas fieras dementes
que con torva aberración,
se dedican con fruición
al degüello y al ultraje,
al incendio y al pillaje,
al saqueo y la destrucción!

IV

Cuando las tropas leales
multiplican sus conquistas
derrotando a los fascistas
en combates inmortales,
¡esas hordas criminales,
que engendró la felonía,
con la horrenda ferocía
de sus macabras pasiones,
destruyen las poblaciones
con siniestra cobardía!

V

Quiere el fascio exterminar
con su barbarie monstruosa
a la capital gloriosa
que no les dejó pasar.
¡Jamás podrán penetrar
en nuestra invicta ciudad
la incultura y la crueldad,
el crimen y el despotismo,
la traición y el terrorismo,
la lujuria y la maldad!

VI

Mientras haya un madrileño
que pueda ponerse en pie,
ni el «civil», ni el requeté,
ni el fascista, ni el rifeño,
verán logrado el empeño
que persigue la traición:
echar carne a la ambición
del sadismo sanguinario...
y cubrir con un sudario
nuestra heroica población.

VII

Esos moros que soñaron
con violar nuestras mujeres,
con tierra, plata y placeres,
con la muerte tropezaron.
El «botín» que se encontraron,
tiene rojos resplandores.
Nuestros bravos luchadores
segaron los negros sueños
de los cañes cabileños
que dirigen los traidores.

VIII

A los viles irlandeses,
a los bandidos teutones,
a los lobos «macarrones»
y los tigres portugueses,
les causa graves reveses
nuestro Ejército ejemplar,
pues la causa popular
nadie la puede abatir.
¡Pueblo que sabe morir
no se deja esciavizar!

IX

Contra un pueblo luchador
el fascismo se derrumba,
en España está la tumba
del vandálico invasor...
Aquí se estrella el furor
vergonzante y lapidario
del fascismo cavernario,
que va perdiendo el resuello
porque le atenaza el cuello
nuestro pueblo legendario.

X

Sobre un mundo de dolor
ofrecemos a la Historia
la Libertad hecha Gloria
del pueblo trabajador.
El viejo Mundo opresor
se esfuma en la obscuridad,
y al calor de la lealtad,
el nuevo Mundo engendrado,
¡siempre estará iluminado
por el Sol de la igualdad!

Aurelio CANTELI
Pagador habilitado



Ferrer y su batallón

La cultura y la ciencia de los inmortales ha sido siempre el baluarte más fuerte de los hombres libres.

El gran filósofo Ferrer dió al mundo entero sus grandes obras, para que la Humanidad viera y aprendiera cómo y qué se debe enseñar a las generaciones venideras.

Así es Barcelona, la culta, la libre, la que acogió los libros del gran maestro con cariño, con ardor, dándose perfecta cuenta de que los grandes maestros de las escuelas modernas, discípulos del inmortal Ferrer, saben llevar a la Humanidad a una nueva aurora, que resplandece en el mundo entero.

Hoy es el fascismo, enemigo de la cultura y del progreso, el opresor que envenena la conciencia de los niños, enseñándoles el manejo de las armas para destruir a la Humanidad, para crear odios entre los seres humanos, para crear fronteras y diferencias de razas.

Por eso aquel maestro de los maestros fué maltratado antes de fusilarle y destruídas todas sus grandes obras, creyendo el jesuitismo internacional que de esa forma desaparecerían los hombres libres, y, en particular los anarquistas, que fueron los que acogieron con los brazos abiertos la ciencia filosófica e instructiva de aquel gran sabio, al que nunca se le olvidará, pese al fascismo internacional.

Por eso hoy vemos resplandecer, vemos vibrar las teorías de aquel hombre, que supo dar su vida, como hoy la damos los anarquistas, que llevamos con dignidad en nuestro pecho y en nuestro batallón el nombre de aquel gran sabio.

¡Glorioso Batallón Ferrer: Al mando del comandante Cerezo vamos todos, con la cara muy alta y la sonrisa en los labios, a vengar la muerte de Ferrer, como tantos otros caídos por las libertades del pueblo!

Para mejor vengarnos, vamos con disciplina férrea, vamos con cultura, con el fin de que la venganza sea rápida y para no verter más sangre... ¡Que bastante le ha costado al pueblo ya!

En el Batallón Ferrer, desde el comandante hasta el último soldado, sabemos hacer honor al nombre que llevamos, dando la sangre y estando en nuestro puesto cuando llega la hora de atacar al opresor maldito, al que nos niega la libertad y nos impide seguir las enseñanzas de Ferrer.

El batallón a cuyos componentes nos llamaban indisciplinados e indeseables, está aquí para demostrar al que quiera que tenemos la disciplina y la cultura que cualquier otro batallón pueda tener. ¿Por qué? Porque sabemos lo que es sufrir en las trincheras y en la retaguardia; porque tenemos mandos que sienten el ideal como nosotros; porque hemos convivido en las obras y en los talleres y sabemos cómo se debe tratar al soldado, hijo del pueblo; porque ellos también lo son y han pasado los mismos vejámenes que nosotros.

Este es el Batallón Ferrer, ejemplo de batallones, y en el que con cariño y dulzura nos tratamos los unos a los otros, dejándonos conducir por nuestros jefes, para ganar la guerra social que el pueblo español sostiene contra los italo-germanos.

Finalicemos dando un viva a Ferrer y a su Batallón.

UN MILICIANO DEL FERRER



La alegría y compañerismo no están reñidos con la vigilancia del enemigo. Que aproveche, compañeros

¡HONOR A MAURO!

Los que componen el Quinto batallón, que es de "Palacios", aunque son soldados nuevos, tienen gran horror al fascio. Le rinden un homenaje al que escribió en la Gran Guerra; es al hombre del "tomate", es a Mauro Bajatierra, a ese hombre confederado, cronista de "Ce Ene Te", que nos hacen tanta gracia sus crónicas de fetén. ¡Mauro, eres un buen hombre! La tercera compañía te quiere, y de las trincheras un homenaje te envía. Porque tú te lo mereces, pues has tenido paciencia para de cerca seguirnos y no marcharte a Valencia. Siguiendo a los milicianos, sin pensar en el peligro, tus crónicas siempre hicistes. Si hubieras podido, ¡un libro! Y con tu imaginación, puesta en todos los valientes, proporcionastes mil cosas trayéndonoslas al frente. Tú nos has traído coñac, higos, pasas, cacahueses y pipas para fumar, y así llevamos diez meses. Cuando pasábamos frío en la trinchera, este invierno, al verte, nos animabas con tu cariño paterno. Y al ver al frente llegar tu coche, y ver descender de él tu pesada figura, ¡sentíamos un placer!... Y decíamos: "... Es Mauro. Algo nos traerá, seguro." Y, en efecto: o era coñac, anís o cigarros puros. ¡Mauro!... ¡Cuánto estás haciendo

por la Confederación. Tú harás andar más ligera a nuestra Revolución. Porque sabes dar ejemplo, marchando a todos los frentes, a escribir todo el "tomate" que dan nuestros combatientes. Y trayéndonos al frente de todas las clases vino, aunque han caído bien cerca de tu coche los pepinos. Mucho te has hecho querer, pues te hemos visto en ataques; y la otra noche también, cuando sacamos el tanque. ¡Qué contento te pusistes cuando viste que salió pronto del atolladero por un enorme tractor. ¡Mauro, lo mereces todo! Eres un hombre muy ducho; tan sólo una falta tienes, y es ésta: que pesas mucho. Luego llevas más correas que en casa de Mora hay... Se ve que eres un perfecto guerrillero de la F. A. I. Bueno, Mauro. Ya me canso de escribir tanto "tomate". Sólo te digo una cosa: que era bueno el chocolate. Así que ya sabes, Mauro. En el quinto tú confía. Y se despide de ti la tercera compañía. El que escribe estas cuartetas, aunque es un poco ordinario, está en esta compañía haciendo de comisario. Y con los que la componen, en lo que dure la guerra, y siempre gritarán todos:

¡¡VIVA MAURO BAJATIERRA!!

Dionisio ESTEBAN

La revolución blanca del 14 de abril permitió llegáramos al estado actual de cosas. Sólo una REVOLUCION ROJA, recta pero inflexible, podrá ganar la guerra y evitar la repetición de otra

MEDIO EN SERIO, MEDIO EN BROMA

"Se ha reunido la Sociedad de Naciones, para tratar del problema español."
(De los periódicos.)

Pitirrojo, el pajarillo confidente de "Nobruzán", corresponsal de "Castilla Libre" por esos frentes, le ha hecho una jugarreta en mi provecho. Pero he jurado guardarle el secreto. Primero me corto la lengua que perjudicar a tan inteligente y avisado pajarillo. Bueno... a vosotros os lo voy a contar, porque sé me guardaréis el secreto. A "Nobruzán" ni una palabra, ¿eh?... Pues veréis.

Diez meses comiendo rancho, entremezclados con días de vigilia forzada y hartazgos, han puesto mi estómago de tal forma, que no lo conozco. Unas veces, más pesado que una apisonadora; otras, ligero como el viento. Me tienen clavado en un sillón, por ver si se compone, y enfermo, algo aburrido, sin gusto ni fuerza para escribir lo que bullía en mis adentros de esa empingorotada dama que es la Sociedad de Naciones.

Cuando...

Revoloteando graciosamente entra en mi despacho un pajarillo, da una vuelta como para cerciorarse de que nadie nos escucha, se posa en una silla enfrente de mí y me espetó de pronto:

—¡Salud, JOLOVI!

Me quedé mudo...

—¡Ja, ja!... ¡No te asombres tanto, hombre!... Soy Pitirrojo, el amigo de "Nobruzán".

—Conque... ¿eres Pitirrojo? ¡Si yo creía que lo tuyo era un cuento!

—¡Incrédulo!, pues ya ves que no.

—¿Y cómo diablo se te ha ocurrido entrar aquí, si no me conoces?

—¿Que no te conozco? ¡Si te he visto en varios frentes!... Y como te llamas JOLOVI, igual que un abuelito mío, he entrado a verte y por descansar un rato, porque vengo de Ginebra, ¿sabes?

—¿De Ginebra? Pitirrojo, eres un embustero. ¿Qué has ido a hacer tan lejos?

—Sabrás que yo no miento nunca. He estado allá para conocer aquello y asistir a la Asamblea de la Sociedad de Naciones escondido tras un adorno de la sala. He presenciado todas las deliberaciones de esos señores. Parecen muy educados, ¿sabes, amigo JOLOVI? Pero a mí no me han engañado y voy en busca de "Nobruzán", para contarle lo que he visto y oído. Se va a alegrar, pero que muchísimo.

—Oye, Pitirrojo. Hazme un favor, ¿quieres? Cuéntame a mí, y te regalo un saco de alpiste.

—¡Mal compañero!... ¡Corruptor!... ¿Y te llamas confederado? ¿Has olvidado que yo no me vendo a nadie ni por nada? Pero quiero hacer algo por ti. Te llamas como mi antepasado; pero ni una palabra a "Nobruzán". ¿Entendido?

—Te lo juro por la Sociedad de Naciones, Pitirrojo de mis amores.

—¡Alto!... ¡Alto!... Que yo vengo de ver las intimidades de esa "señora", que de lejos parece bonita, y he visto que tiene corsé, senos, pelo y dientes postizos. Una verdadera birria, vamos. ¡Por ahí, no, amigo mío!

—¡Oh!... Pitirrojo, no deseo engañarte. Te lo juro por el "canguelis" y "complicitis" que siente hacia Hitler y Mussolini. ¿Te gusta?

—Por ahí me convences. Así que escucha, JOLOVI.

—Espera, Pitirrojo—le dije, mientras cogía pluma y cuartillas—, que voy a escribir hasta las comas de lo que me digas.

—¿Ya está? Pues te diré... Cuando llegué allí, quedé encantado. Unos hoteles espléndidos, un clima inmejorable; los paseos, las calles, todo, invadido por el sutil perfume de bellísimas mujeres, ultramundanas y elegantísimas, que excitan al buen vivir. Es algo maravilloso.

—¡Caray, Pitirrojo!... ¡Qué poético eres!...

—Calla y escribe. La primera sesión tuvo un lleno imponente. Era encantador oír hablar a aquellos señores diplomáticos, tan pulcros, elegantes, orondos y satisfechos por la buena vida y las dietas que cobran. ¡Qué caballerosidad!... ¡Qué discursos impecables, llenos de reverencias y educación, mientras discutían los asuntos europeos!... Tanta espiritualidad en algunos invitan a buenos modos a los demás. Es increíble. Allí defiende cada cual sus puntos de vista sin reñir, sin una sola discusión. Están saturados de aquel ambiente, donde la vida es tan amable. ¿Reñir allí? ¡De ninguna manera. Esas cosas están fuera de tono en aquel lugar.

—¡Oye, oye, Pitirrojo!... ¡Tú vienes cambiado!... Hablas como una solterona de cuarenta años, llena de prejuicios y pudores.

—Como me interrumpas otra vez, te dejo. Tú calla y sigue escribiendo... Pues, como te he dicho, los primeros días era algo impresionante: saludos, sonrisas, buenas frases, cruzaban de tal manera el salón de sesiones, que a mí, desengañado, me entraban ganas de hacer "pipí" en mitad de él y aguarles la fiesta.

—¡Oh!... Pitirrojo, no sería tanto.

—¡Y dale con la interrupción! ¿Te callarás de una vez? Pero en cuanto repartieron el Libro Blanco, que trata de la invasión y crímenes fascistas, ¡qué cambio de decoración, JOLOVI! Y cuando al otro día habló nuestro ministro Alvarez del Vayo, ¡uf, qué caras más largas y compungidos! ¿Y cómo no? Para esos señores era una desfachatez el atrevimiento de querer demostrar en aquella tertulia de buenos amigos y compadres, de una forma veraz, irrefutable, la invasión de España por divisiones italianas y alemanas, con mandos y fines concretos. No le perdonarán nunca el haberles estropeado, digo no, cortado la digestión.

—Pero, Pitirrojo, eso pueden ser suposiciones tuyas.

—¡Qué suposiciones ni niño muerto! Por la noche me fuí cerca del lago, para tomar el fresco. ¡Oh!... ¡Es un lago lleno de calma, que invita a la paz y al recogimiento! ¡Da placer ir por allí! Pues, como te digo, mientras tomaba el fresco en una rama llegaron unos señores que ya había visto en los debates del palacio y se van a sentar precisamente en un banco bajo el árbol en que yo estaba.

—¡Qué suerte, Pitirrojo! ¿Qué decían?

—Ten paciencia, JOLOVI. Nunca creí que fueras tan insoportable. "Es intolerable—decía un señor enlutado y barbudo—que esos miserables y haraposos milicianos se hayan permitido el lujo de zurrar a las huestes que son, ¡bueno!, que eran el coco de Europa, y encima quitarles tan comprometedores documentos que forman ese maldito "Libro Blanco". ¡Ah!... ¡Si pudiéramos pillarlos!..." "Sí, sí—dijo

otro—. No sé cómo taparemos esto; porque el caso es que los "macarronis" (y me perdonaréis la frase, ya que aquí nadie nos oye), cuando querían llegar a la meta, corrieron a la inversa. ¡Los imbéciles!... ¡Haber enseñado el culo de esa manera!... Y otra cosa... Según fidedignas noticias, los rojos están dispuestos a seguirles zurrando, para acabar con ellos y convertir los teutones e italianos en abono; pues según tengo entendido, el suelo español está muy falto de ello." "¡Horror y maldición!—contestó otro—. ¿Qué vamos a hacer para conformar a nuestros pobres amigos Mussolini e Hitler? Porque tienen que estar furiosos, y si cometen alguna locura, nos van a comprometer demasiado, pues no olvidemos, amigos míos, que millones de obreros están pendientes de nuestras decisiones; que los fascistas han bombardeado, ametrallado, incendiado pueblos indefensos de los rojos sin ningún resultado. Como ya sabéis, si en diciembre último señalamos este mes para la próxima sesión, porque pensábamos que Franco habría ya engullido para esta fecha a la España republicana; pero (y suspiraba mientras decía esto) es al revés, y si no hacemos algo en favor de esos malditos rojos, nos esperan malos ratos en nuestros respectivos países. Así que calma, señores. Hay que decidir algo que nos deje a bien con todo el mundo." "Pues para mí—dijo otro, que sólo había escuchado hasta ese momento—, lo mejor es que el Comité de "no intervención" decida en tan enojoso asunto, y nosotros, como Pilatos, a lavarnos las manos y esperar tiempos mejores, aunque lo veo muy mal, pues (y esto lo dijo en tono de confidencia) los españoles que defienden la causa antifascista están dispuestos a triunfar, y aquí, entre nosotros, creo que lo conseguirán. Yo, por mi parte, mañana mismo me marchó. Desde que el "Libro Blanco" circula por ahí, Ginebra perdió sus encantos, porque hasta los gatos hablan de lo que antes sólo murmuraban algunos. Así que vamos a recogernos, señores, y hasta la próxima." "¡Qué lástima!—dijo el señor barbudo—. ¡Con lo que hemos disfrutado otras veces en Ginebra, y que por este maldito Libro..."

Aquello olía a incienso, amigo JOLOVI. Se pusieron en fila india, como para asistir a un entierro, desaparecieron, y... nada más.

—¿Nada más, Pitirrojo? Y tú, ¿qué hiciste después?

—¿Yo? Como ya sabía bastante, me eché a volar y aquí me tienes. Si crees que no tiene interés lo que te he dicho, rompe esas cuartillas, y a otra cosa.

—Pitirrojo, primero me rompo yo la crisma. ¡Y que te estoy poco agradecido!...

—Pues que tengas suerte, que se te cure tu estómago y salud. Yo me marchó, para contar a "Nobruzán" lo que vi al pasar por el campo fascista.

—Dímelo a mí, Pitirrojo.

—Eso sí que no. Lo guardo para él, que me estará esperando—dijo, mientras que, con rápido vuelo, desaparecía por la ventana.

—¡Salud, Pitirrojo!—le grité—. Venme a ver cuando quieras.

Pero el pajarillo había desaparecido ya. ¿Volverá otra vez? ¡Ojalá!

JOLOVI

VISADO POR LA CENSURA

Talleres socializados del S. U. I. G.- C. N. T.



La transformación más eficaz se hace en los campos de batalla. Sustituir lo caduco de la vida social corresponde a hombres de responsabilidad e inteligencia que ofrezcan segura garantía de que no se malogrará la sangre del pueblo vertida en la lucha.

(Viene de la página 1)

rá de estudiar y poner todos los medios de su parte para que el avance tenga pocas bajas, no sólo ya por su aspecto humanitario, sino porque de esta manera podrá defender con mucha más facilidad el objetivo conseguido.

El tercer punto es el corazón, uno de los principales factores de la guerra. Lo forman varias circunstancias. Una de ellas es valor, pero valor sereno, consciente, no la exposición de la vida por alardes temerarios; hay que pensar que todas las vidas son necesarias a la Revolución, y, por tanto, es preciso adoptar toda clase de precauciones que la táctica y mejor aún la práctica nos aconsejan. Otra de las circunstancias es la humanidad; al soldado hay que considerarle, no como un autómatas movido por los resortes de la disciplina, sino como a un compañero, un hermano, un pedazo de nuestra carne y nuestro espíritu, expresión viva de nuestro ideal.

Hemos de tener siempre presentes los factores mencionados, hasta el feliz día en que terminemos con la burocracia y manejos políticos, que no conducen sino a la esclavitud; pues si verdadero corazón demostramos todos los que estamos luchando en campos de batalla por el exterminio de estos engaños, debemos de conducirnos y conducir noblemente a nuestros soldados por el camino de la victoria. De esta forma podremos conseguir fielmente que nos sigan y nos quieran como jefes, que hemos sido hermanos y seguiremos siéndolo hasta la muerte o hasta el triunfo.

Imitemos, pues, a nuestros queridos jefes y comandarios de nuestra heroica división y de nuestra invencible Brigada, que tan honrosamente dirigen y encauzan la buena marcha de todas las fuerzas que en torno suyo luchamos y venceremos.

Vamos hacia la victoria. Con ella defenderemos el triunfo de nuestro ideal, que representa la equidad, la libertad y la fraternidad de todo el mundo, y la conseguiremos aun a costa de todo sacrificio. ¡Viva la 39 Brigada Mixta!

EL COMANDANTE JEFE DEL QUINTO
BATALLON PALACIOS



Billete de que era portador un evadido de las filas facciosas, con que pretender encubrir su pecuaria economía.

CON LA REVOLUCION TODO; SIN ELLA NADA

El 17, once meses, compañero. Once meses de trincheras, de luchar sin tregua día y noche. Once meses que te han acostumbrado a jugar diariamente con la muerte. Once meses que, sobre todo, te han enseñado esto: que todo—hasta tú mismo—ha cambiado. Que nada de lo que había antes queda ahora. Y nada de lo que hay ahora estaba antes. Y esto—un trastocarse de todo en unos meses, un destruirse todo para volver a nacer, mejor que antes—se llama Revolución.

Con la cual has luchado. Por la cual has sufrido. Sin la cual nada, absolutamente nada, de cuanto has hecho, merecía la pena de haber sido hecho.

Y es ahora cuando en periódicos, y en conversaciones, y en rumores, empieza a rondarte la duda. Y cuando resurgen—donde todo debiera ser nuevo y recién nacido—rostros viejos y gestos antiguos que tú creías muertos para siempre. Y cuando hombres que nunca se hundieron en el barro de las trincheras te tienen a ti, combatiente, dando consignas que quieren ser órdenes: La guerra, lo primero. La Revolución, después.

Sería muy cómodo. Ahora, combatientes, a luchar. Un mes, y otro, y otro... Luego, si os portáis bien, se os dará un poquito de Revolución. Con cuidado, gota a gota, que es substancia explosiva y hay que manejarla con precaución.

Sería muy cómodo... si la Revolución fuera un artículo de lujo, algo que se relega para el final de la jornada, acabadas las preocupaciones. Pero la Revolución no es eso, ni siquiera, como quieren hacernos creer, una carga, un lastre. La Revolución, al par que crea dificultades, las resuelve. Si lo destruye todo, lo crea todo. Si acaba con una sociedad caduca, con un pie ya en el sepulcro, en su lugar levanta otra, cuya juventud es ya una fuerza tal, que sociedades en pleno período revolucionario logran atravesar—y vencer—trances que en su estado anterior de "or-

den", es decir, de aridez ordenancista y fría, de Estado-policía, sin ideal ni calor de humanidad, nunca hubieran podido salvar. Tal la Francia de la Revolución. Lo que ella pudo hacer podemos hacerlo nosotros. Con más motivo. Porque nuestra Revolución es superior a aquella, liberal, democrática, de Derechos del Hombre, de palabrería, "política", en una palabra. La nuestra es social; es decir, total.

Tú, combatiente, lo sabes bien. Quizá no sepas definir lo que es la Revolución; pero tú sientes—y sentir vale más que saber—lo que para ti es la Revolución: un mejorar de tu vida, de la de los tuyos, de tu hogar. Que lo injusto cese. Que venga lo nuevo, lo justo, lo que ha de acabar con el cacique de tu aldea y el señorito haragán y el dictadorzuelo político de horca y cuchillo. Que muera cuanto sea explotación, y rencor, y egoísmo, y triunfe cuanto es alegría, y hermandad, y amor. ¿No es ello tu fuerza, lo que te hace empuñar con más coraje el fusil y sufrir una vida que nunca hubieras creído poder soportar? ¿Y no es cierto que si te quitaran eso y te dijeran que al volver a tu aldea ibas a encontrarte de nuevo con el cacique, y el señorito, y el politicuelo—no importa bajo qué nuevos disfraces—tirarías el fusil... para siempre?

En esta Revolución nuestra nos lo jugamos todo: nuestro suelo, nuestra independencia, nuestra dignidad. Ella es nuestro fin y nuestra fuerza. Por ella lo somos todo y sin ella no somos nada. Por eso hemos de defenderla contra cuantos quieren arrebatárnosla. Y que no nos vengán con consignas novísimas de retaguardia. Nosotros sabemos que en los días amargos de julio, cuando todo se derrumbaba en torno nuestro, sólo quedó una cosa en que apoyarnos: la Revolución. Y a ella hemos de seguir afeerrados. Si hay alguno que aún sueñe en un resucitar del pasado, que abandone sus sueños y se empape en tu realidad, español, que por serlo no sabes de medias tintas y vas por todo o no quieres nada. No podrán engañarnos oportunismos de última hora. Han caído demasiados hermanos nuestros para que profanemos su memoria echando al olvido nuestra misión de vanguardias de una nueva edad, por escuchar a cuatro lacayuelos de la política, mercenarios del tinguado internacional.

Guerra y Revolución son inseparables. Nuestra guerra, o es revolucionaria, o no ha de ser. Porque la Revolución es nuestra única fuerza, tal, que sin ella la guerra estaría perdida. Que de nada valdría ganarla para encontrarse a la espalda una nueva sociedad burguesa, tan vieja y abyecta como la anterior. Persuadidos de esta verdad, estamos dispuestos a defenderla como sea. Con las mismas armas con que se está haciendo la guerra, si es preciso. Porque quien no está con nosotros, con la Revolución, está contra nosotros. Y contra cuantos murieron, y contra cuantos aún luchan, dándolo todo y sin pedir ellos nada, al sol, y a la lluvia, y al viento, alta la mirada, por su ideal: por la Revolución.

J.



Reverso del mismo, con el sarcasmo de representar lo que cruelmente están destruyendo